

La madre y el escritor

Juan Carlos Orrego Arismendi

Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia,
 juan.orrego@udea.edu.co

¹ Andrés Felipe Solano, *Gloria* (Ciudad de México: Sexto piso, 2023). Todas las citas de la novela corresponden a esta edición.

² *Ibid.*

Entre los críticos literarios es dogma que a un escritor no debe preguntársele por la realidad empírica o histórica de aquello que cuenta en sus ficciones. Sin embargo, otra cosa piensan los lectores de a pie —es decir, la mayoría de los lectores—, quienes se desvelan por saber hasta qué punto las propias vivencias de los escritores son la materia prima de su trabajo creativo (es decir, saber qué tan creativo es el trabajo creativo). Sin que sea necesario devaluar la pasión académica por las leyes narratológicas, hay que admitir lo relevante que resulta la expectativa del lector común, para quien la literatura es, sobre todo, un testimonio de historicidad. Por la vía de esa inquietud “ingenua” hemos llegado a saber que, en esencia, la propia vida es la gran fuente de la mejor literatura.

Hay libros que, más que otros, obligan a preguntarse si todo lo contado por el narrador es “real” en términos de su propia biografía o la de su familia. *Gloria*¹, la última novela del bogotano Andrés Felipe Solano (1977), es un ejemplo inmejorable de eso. En sentido estricto, lo que muestra la trama es la historia de Gloria, una mujer colombiana de 20 años, residente en Nueva York, y quien con el Tigre —su novio— y un par de amigos asiste a un concierto de Sandro en el Madison Square Garden, el 11 de abril de 1970. Es su hijo —el de Gloria con un hombre que conocerá después— quien cuenta la historia, pero de ese narrador sin nombre no logra saberse mayor cosa, más allá de que, en algún momento, sintió la necesidad de escribir sobre ese y otros momentos de la vida de su progenitora. Bien podría la anécdota, tal como está, quedar abandonada a la especulación libre del lector común sobre cuál o qué Gloria puede ser aquella, y quién su hijo. Pero el editor —Sexto Piso—, quién sabe si con inocencia o con perversión, azuza la expectativa de ese

lector con este comentario de contratapa: “Gloria será una de las afortunadas asistentes al mítico concierto [...]. Cinco décadas más tarde, un hijo se asoma a los años de iniciación de su madre y repara en que sus juventudes, marcadas por el paso por Nueva York exactamente a la misma edad, no son tan distintas. Ese hijo es Andrés Felipe Solano”². El editor —quien, sin duda, sabe demasiado— revela lo que la novela calla (o inventa lo que la novela no dice).

Cuando Solano presentó su novela en la librería Grámmata de Medellín, en febrero de 2024, no negó que Gloria —el personaje— fuera su madre, ni que el narrador fuera él. Con todo, es clara la conveniencia de la confesión: el mérito literario de la novela se hace evidente, sobre todo, cuando se tiene plena conciencia de que la materia prima de la historia es el anecdotario privado de la familia Solano Mendoza. Al revelar en qué mina reposa el filón de su trabajo creativo, el escritor no defrauda la expectativa por lo ficcional en favor de lo biográfico, sino todo lo contrario: obliga a su lector a cobrar plena conciencia del poder de la inventiva y del magisterio del fabulador.

A diferencia de lo que hace James Joyce con su 16 de junio de 1904, el narrador de *Gloria* no amplifica el 11 de abril de 1970 con abstrusas nebulosas de recuerdos, monólogos delirantes o imágenes caleidoscópicas de una conciencia inagotable —lo que, por ejemplo, sí hace Fernando Cruz Kronfly en *Falleba* (1980) mientras su protagonista cae desde lo alto de un edificio—, sino que intercala, en ágil contrapunto, las noticias del futuro. El recurso, a las primeras de cambio, se manifiesta con una modestia que, en todo caso, no alcanza a ocultar su encanto: “Suben las escaleras e introducen en los torniquetes una de

esas extrañas monedas que yo encontraría muchos años después en un cajón”³. Más adelante, como grandes incisos en medio de la narración de la noche del concierto, aparecen largos relatos de la vida futura de Gloria con su marido, o de mucho más tarde, cuando sostenía un romance otoñal con otro hombre. En uno de esos asomos al porvenir se muestra al segundo hijo de la protagonista, a la sazón un niño de tres años, y a propósito del cual el narrador recita una de sus más sugestivas profecías: “Nació bajo de peso y le costará mucho concentrarse para estudiar durante el bachillerato, amará el punk, probará las drogas antes que yo, tendrá amigas antes que yo, será la oveja negra”⁴. Ante intervenciones como esta es inevitable pensar que la noción del *narrador omnisciente*, entendida comúnmente como experiencia panóptica o saber enciclopédico, se antoja imperfecta o, cuando menos, incompleta: el verdadero narrador omnisciente conoce, como Dios, lo que está consignado en los renglones del Apocalipsis.

La labor literaria de Solano no se reduce a compartir, con su narrador, los chismes familiares que solo él —el escritor— conoce. También le concede a ese mediador el poder de administrar el tempo de la historia y la voluntad de los personajes. Con premeditación, el narrador congela la crónica del 11 de abril de 1970 en un momento de clímax, cuando Sandro aparece en el escenario del Madison y, por casualidad, dirige la mirada hacia donde lo espera la protagonista, confundida entre el público: “Desde aquí, desde mi lugar en las sombras, obligo a ese Rey a que se detenga unos segundos más en Gloria, hago que se sienta su fuerza en las rodillas, que le tiemblan sin control”⁵. Ya antes, cuando, al entrar al coliseo, Carlota le susurra a Gloria que por fin van a ver de cuerpo presente a su ídolo, el narrador invoca un recuerdo propio —un “recuerdo” de casi treinta años después— nada más que para permitir que las dos muchachas “paladeen la dicha a solas”⁶. Pero, como decimos, no solo se trata de que este narrador ralentice o acelere los movimientos de sus personajes: también llega a hablarles al oído para aconsejarles lo que deben hacer, ya sea susurrarle a Gloria que se

tranquilece ante una expresión de frivolidad machista que le sale al paso, o sugerirle que deje a medias un cigarrillo que estaba fumando mientras esperaba al Tigre, el día del concierto. Dicho sea de paso, la Gloria histórica no fumaba, pero al escritor, oculto entre la sombra desde la que surge la literatura —la metáfora es suya—, se le ocurre que lo haga; más adelante, disfrazado de narrador, dirá: “porque se trata de eso también, de mentir”⁷.

El lector de esta reseña podrá decir, con toda razón, que a nadie conmueven los recursos narrativos de Solano, de lo mucho que ya han sido usados por otros autores. Bastaría decir, por ejemplo, que el mejor anuncio profético de un narrador omnisciente en la literatura colombiana es el que se refiere a un niño que va a conocer el hielo, sin sospechar que, muchos años después, se parará frente a un pelotón de fusilamiento; asimismo, podría decirse que, ya en la milenaria *Iliada*, el poeta se olvida por un rato de los guerreros humanos —a quienes deja con las espadas levantadas— para permitir que los dioses riñan como perros y urdan sus venganzas mezquinas; y, en fin, apenas hace falta decir que al ya invocado Gabriel García Márquez se le ocurrió que Simón Bolívar se diera un atracón de guayabas *in articulo mortis*, cosa que, muy probablemente, jamás ocurrió. Lejos de ser el inventor de la plasticidad cronológica y de la imaginación histórica en la literatura, Solano es, apenas, el enésimo beneficiario de esas licencias.

Ahora bien, no deja de ser interesante contrastar la anatomía literaria de *Gloria* con la de las obras anteriores del mismo autor. Solano, incluso hasta hoy, ha obtenido reconocimiento primordialmente por su obra no ficcional: la primera versión de lo que sería *Salario mínimo. Vivir con nada* (2015) —la muy editada crónica de su vida mendicante de asalariado en Medellín— fue finalista del Premio FNPI 2008, mientras que el diario personal *Corea: apuntes desde la cuerda floja* (2014) ganó, poco después de su aparición, el Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana. Muy distinta ha sido la suerte de su primera novela, *Sálvame, Joe Louis* (2007), historia de las desventuras de

³ *Ibid.* 27.

⁴ *Ibid.* 52.

⁵ *Ibid.* 43.

⁶ *Ibid.* 37.

⁷ *Ibid.* 59.

⁸ *Ibid.* 81-82.

⁹ *Ibid.* 128.

un fotógrafo de revista de pacotilla, cuya trama, lineal e insípida, busca redimirse con un humorismo flaco que a pocos conmueve. El apego al orden cronológico y a lo monorrítmico —costumbres periodísticas— parece haber malogrado esa obra de estreno, así como el culto a la concreción narrativa —otro rasgo del periodismo— hizo que el autor pretendiera hacer de tres historias autónomas una sola novela, *Los hermanos Cuervo* (2012), cuyas costuras son tan evidentes como las de un convaleciente de hospital de guerra. De modo que, para bien y para mal, hasta antes de la aparición de *Gloria*, Solano había seguido el patrón de la linealidad, amén de otras convenciones narrativas.

La novela de 2023 representa el fin de la apuesta cronística, o, quizá, un paréntesis intermedio. En vez de embarcarse sobre el río del tiempo, Solano ha decidido, en *Gloria*, hacerlo manar de su mano, crearlo: es ahora él quien decide la cambiante velocidad de fluencia y el lugar y la altura de los saltos del agua. Nuestra metáfora no es del todo gratuita: uno de los pasajes de la novela en el que, de manera especialmente cifrada y con un simbolismo inquietante, se anticipan los hechos futuros —un pasaje en el que se doblega con contundencia literaria lo cronológico—, elige el agua fluvial como signo. Gloria y sus amigos viajan en un metro que pasa bajo el Hudson, momento en el cual a la protagonista la invade el malestar anticipado de un fiasco que la sacudirá treinta y cinco años más tarde: “En un punto, seguramente al cruzar bajo el río, un zumbido sordo inunda sus oídos. No es el de siempre, es diferente y aun así le resulta familiar. Todavía no lo ha oído, pero lo oirá junto al tercer hombre”⁸. El río de la novela va y viene según los designios —o la resignada experiencia— del que todo lo sabe.

Finalmente, resta advertir al lector de esta nota que las aguas narrativas llevan algo más que las historias de Gloria y del hijo escritor que se esfuerza por alcanzarla; o, para decirlo con exactitud, la historia del hijo que, para no perder de vista a su madre, decide narrarla. Como toda novela que pretenda ser leída como tal, esta de Andrés Felipe Solano arroja otros rostros y enigmas a la corriente convulsa: unas fotografías inauditas que acaban, de una vez y para siempre —antes de que lo haga el Tigre—, con la inocencia de la muchacha; el perfil borroso del padre, asesinado cuando Gloria apenas ensayaba la capacidad de recordar; la imagen de una madre funesta, de quien la protagonista nunca quiere ser reflejo; y también, en cierto sentido, el devenir de las ilusiones de una generación que, a comienzos de los setenta, creía tocar los astros en el cielo o en las tablas del Madison, y a la que el narrador omnisciente reserva uno de sus más amargos vaticinios: “El Apolo 13 nunca se posaría sobre la Luna. Sandro engordaría y ella jamás volvería a esperar al Tigre en la cafetería La Mallorquina ni en ninguna otra”⁹. Quien conoce el futuro, está condenado a vivirlo. Y a escribirlo. ■



Carlos Motta / Hermaphrodite # 5
Sandstone 3D Print, 10 x 2.9 x 2.4 inches Cortesía Mor Charpentier, Bogotá/Paris